

Schoenstatt, 13-12-2015 – Tercer Domingo de Adviento

Apertura de la Puerta de la Misericordia

Homilía del P. Juan Pablo Catoggio
Presidente de la Presidencia General

¡Queridos hermanos en el Señor!

¡Alégrense, sí, alégrense! Así nos dice San Pablo en la segunda lectura. El tercer Domingo de Adviento que hoy celebramos, se llama “Laetare”, ¡laetare, alégrense! Nos alegramos en el anhelo y en la espera, porque Jesús, el Salvador, muy pronto vendrá a visitarnos, está muy cerca. El profeta Sofonías anunció la alegría porque estaba por llegar y el pueblo de Israel creyó, y a partir de esta esperanza vivió de ella, y cobró valor.

Cuatro veces llamó el profeta:

“¡Lanza gritos de gozo, hija de Sión, lanza clamores, Israel, alégrate y exulta de todo corazón, hija de Jerusalén! ¡No temas, Sión; no desfallezcan tus manos! Él exulta de gozo por ti, te renueva por su amor; se regocijará por ti con cantos de júbilo”. (Cfr. Sofonías 3,14.17)

Dios nos habla hoy en día con estas palabras y ¡nos hacen bien, nos dan valor! Las necesitamos y tenemos que compartirlas con todas las personas, todos esperan esto de nosotros. Hoy en día tenemos muchas razones para sentirnos desalentados, para dejar caer las **manos**. Existen muchas, demasiadas razones para rendirse, para resignarse, para no tener valor e incluso para estar desesperado. Pero para nosotros y para todos vale la promesa: “Aquel día se dirá a Jerusalén: ¡No tengas miedo, Sión, no desmayen tus manos! *El Señor tu Dios está en medio de ti, ¡un poderoso salvador!* Él exulta de gozo por ti, te renueva por su amor; danza por ti con gritos de júbilo. Yo quitaré de tu lado la desgracia.”

Kommentiert [1]: No es los brazos? No, fui a la Biblia y dice manos... La cita de Sofonías no es totalmente textual, por eso puse Cfr.

Alégrense, porque el Señor viene. Esta es la invitación de Dios en el Adviento. Con alegría cantamos en este tiempo: "Abran las puertas, abran los portones que llega el Señor de la gloria...el que trae la salvación y la vida, por eso alégrense y canten con alegría...ven, ¡oh mi salvador, Jesucristo!, la puerta de mi corazón está abierta para ti...".

La puerta es un símbolo del Adviento: el Señor viene a visitarnos, le queremos abrir la puerta y recibirlo. Este año la puerta tiene un significado muy especial: el Santo Padre Francisco ha proclamado un año jubilar extraordinario de la misericordia. El pasado 8 de diciembre, en la fiesta de la Inmaculada, el Papa abrió la Puerta Santa de la Basílica de San Pedro, en Roma. Hoy, por primera vez, se abrirán muchas "puertas de la misericordia" en muchos lugares del mundo. Y nuestro obispo declaró al Santuario Original en Schoenstatt como una de esas puertas santas, otorgándole la distinción de una indulgencia especial. Por eso hoy, después de la celebración eucarística, ¡podemos abrir la Puerta Santa de la Misericordia en el Santuario Original!

¿Qué significa una puerta, y en particular, qué puede significar para nosotros una puerta de la misericordia?

Una puerta es una abertura por la cual se puede entrar a una habitación y salir de ella. Es lo opuesto a una pared o a un muro, que obstruyen el paso, que no permiten ninguna posibilidad, ninguna libertad de entrar o salir.

Por el pecado se cerraron las puertas del paraíso, por el sí de María se abrió la puerta para el Dios hecho Hombre. A través de la puerta del arca, Noé salvó a la creación del diluvio. Las jambas de las puertas en Egipto se convirtieron en un signo de liberación de la esclavitud y las puertas del templo se abrieron para dar acceso a la morada de Dios.

Jesús, el Buen Pastor, dice de sí mismo: Yo soy la puerta (Juan 10,7). Su costado traspasado, del que brota y fluye su amor misericordioso, se ha convertido en una puerta de gracias, en una puerta hacia el Padre: es la puerta de la misericordia en el sentido más verdadero.

"Cuando atravesamos la Puerta Santa, nos dejaremos abrazar por la misericordia de Dios y nos comprometeremos a ser misericordiosos con los demás, como el Padre lo es con nosotros". (VM 14). Así dice el lema del Año Santo. Tiene dos dimensiones de la misericordia que son inseparables: la primera y más fundamental es la misericordia de Dios Padre, "del Dios

compasivo y clemente, lento para la ira y abundante en misericordia y verdad" (Ex 34,6), la que una y otra vez se nos dará y que siempre experimentaremos. La segunda dimensión es nuestra actitud de misericordia frente a los demás, especialmente frente a los más necesitados. Dos parábolas del Evangelio de San Lucas – el Evangelio de la misericordia – ilustra ambos aspectos. La primera, por así decirlo la dimensión vertical, se expresa en la parábola del "hijo pródigo" y del padre misericordioso (Lc 15). Dios nos abraza en su misericordia y su perdón. La segunda, la dimensión horizontal, se puede ver claramente en la parábola del buen samaritano (Lc 10): él ejerce la misericordia con el desconocido a quien considera y trata como a su prójimo. La misericordia de Dios que experimentamos en el perdón, en el tierno amor de Dios y en su consuelo, se manifiesta en las obras concretas de amor hacia nuestros hermanos. La misericordia tiene que ver con hacer obras, con actuar, tal como lo hemos escuchado en el Evangelio. La "gente", luego el "recaudador de impuestos" y los "soldados", todos ellos preguntaron: "¿qué podemos hacer?".

Ambas dimensiones van de la mano: "Sed pues misericordiosos, como también vuestro Padre es misericordioso" (Lc 6,36) y "Bienaventurados los misericordiosos: porque ellos alcanzarán misericordia" (Mt 5,7). Sí, como lo dijo el Papa Benedicto XVI: "La misericordia es en realidad la esencia del mensaje del Evangelio, ella es la esencia del mismo Dios".

El Papa Francisco se experimenta a sí mismo como alguien a quien Dios ha abrazado en su misericordia. En una entrevista hecha por el P. Spadaro SJ, este le preguntó: "¿Quién es Jorge Mario Bergoglio?". Se me queda mirando en silencio. Le pregunto si es lícito hacerle esa pregunta... Hace un gesto de aceptación y me dice: "No sé cuál puede ser la respuesta exacta...Yo soy un pecador. Esta es la definición más exacta. Y no se trata de un modo de hablar o de un género literario. Soy un pecador (...) Pero la síntesis mejor, la que me sale más desde dentro y siento más verdadera es ésta: 'Soy un pecador en quien el Señor ha puesto los ojos'". Y repite: "Soy alguien que ha sido mirado por el Señor. Mi lema, 'Miserando atque eligendo', es algo que, en mi caso, he sentido siempre muy verdadero".

Pensemos en nosotros mismo: nos sabemos pecadores, lo somos y lo sabemos, no nos equivocamos en eso y no lo imaginamos. Pero, ¿nos sabemos mirados por Dios, absolutamente aceptados por el Padre, perdonados, amados? ¿Lo creemos verdaderamente?

En estos días y semanas celebramos los cincuenta años del retorno del Padre Kentenich, el fundador de Schoenstatt, de los catorce largos años de su exilio en EE.UU. Llegó a Roma. De repente, y contrariamente a todas las expectativas, todos los decretos fueron derogados. Pronto volvería a Schoenstatt, justo para celebrar la Sta. Misa de Nochebuena en el Santuario Original. El milagro de la Nochebuena se produjo por segunda vez. Poco antes, justo en un día como hoy, exactamente el 13 de diciembre de hace 50 años, el Padre y Fundador le dirigió un mensaje a la Familia de Schoenstatt. Como fruto de la guía de Dios y también como programa permanente, habló de la nueva imagen del hombre, de Dios y de la comunidad, que están completamente impregnados por la misericordia. Uno sólo puede maravillarse al ver cómo coinciden en el deseo esencial, el mensaje del Santo Padre para el Jubileo con la carta de Navidad que el Padre Kentenich escribió hace 50 años.

El Padre Kentenich resume su mensaje en una hermosa y profunda oración:

“Querida Madre, Reina y Victoriosa tres veces Admirable de Schoenstatt: Cuida para que seamos hijos del Rey miserables y dignos de misericordia, que de un modo singular se experimenten como hijos predilectos del amor infinito y misericordioso del Padre”. [\(Ver original alemán\)](#)

Tal vez podríamos pedir un nuevo milagro de la Nochebuena en el sentido de un corazón profundamente misericordioso, un corazón tocado y conmovido por la misericordia de Dios, que regala y demuestra esta misericordia a los demás. Ésta sería una hermosa gracia que podríamos pedir en el Santuario para este año.

El Santo Padre escribió: “¡Cómo deseo que los años por venir estén impregnados de misericordia para poder ir al encuentro de cada persona llevando la bondad y la ternura de Dios! A todos, creyentes y lejanos, pueda llegar el bálsamo de la misericordia como signo del Reino de Dios que está ya presente en medio de nosotros”. (VM 5).

Queridos hermanos, entremos por la puerta de la misericordia al lugar donde se encuentra la Santísima Virgen, la Mater Misericordiae, la Madre de la misericordia, entremos al lugar de su misericordia. A Ella, que experimentó la misericordia de Dios y la alabó en el Magnificat, le pedimos: ¡illos tuos misericordes óculos ad nos converte, vuelve a nosotros tus ojos misericordiosos!